

«Aquí pára todo, bueno, malo y peor también, y, sin embargo, todo se lo debemos a esos extranjeros. Ellos lo han hecho todo. La industria, el comercio, la agricultura, están en sus manos. Llega un vasco o un italiano, se interna en la pampa y con su carácter, su trabajo, su inteligencia, se adueña de todo, lo compra todo y se convierte en el amo. Más tarde será argentino porque se asimila con grande facilidad a la masa del pueblo, se forma una individualidad indiscutible, se hace ciudadano nuestro y coadyuva a la prosperidad del país.

«¿Que con ello desaparece el tipo americano? ¡Pero si no existe! Alberdi lo ha dicho: «El americano no es sino el europeo residente en América». Los indios no cuentan para nada, son inferiores en todo. Claro está que hay que defenderlos porque al fin y al cabo son hombres como nosotros. Yo lo hago constantemente sin llevar una sola gota de sangre india en las venas. Dos hermanos Lugones fundaron hace cuatro siglos una de nuestras ciudades viejas, Santiago del Estero, y desde entonces no ha habido, por parte de mi padre, mezcla de sangre indígena ninguna; otro tanto podría decir de mi ascendencia materna, antigua en doscientos años por estas tierras. El gaucho, es absorbido por la corriente cosmopolita que lo invade todo. Y por fortuna sucede eso. El gaucho es bueno como tipo pintoresco en la leyenda y en la tradición, como persona humana no puede ser peor, bandido, receloso, ignorante y tonto. Bueno para el caudillaje. Esto lo deben ustedes saber perfectamente. Celebro que su gobierno reduzca a esta gente con los únicos medios con que puede reducirseles: el hierro y el oro. Más el segundo que el primero. Ellos desean enriquecerse a toda costa, pues a comprarlos. Recientemente lo han hecho ustedes con Pancho Villa, por más que hubiera yo deseado para él lo otro: el paredón. No, no, si todo es igual en nuestra América: los mismos tipos, las mismas cosas. Cíteme usted un hecho histórico de su país, que yo le citaré diecinueve iguales de las otras diecinueve repúblicas americanas. La división en patrias es algo arbitrario. Antes no existían y el mundo vivía quizás mejor. La patria ha surgido con el malhadado militarismo que todo lo infesta. Cuando el militarismo acabe en el mundo, y sobre todo en América, seremos más felices.

«¿De dónde parten las iniciativas progresivas en la Argentina? De provincia. De ahí vienen los movimientos que renuevan el pensar y el sentir de la nación, como en Inglaterra. Y es porque la gente de provincia lee más cuidadosamente que la ciudadana los libros que marcan etapa en el mundo.

«¿Qué va a hacer la pobre gente en las noches interminables de un pueblo enclavado en la sierra? Como lee más despacio asimila mejor, rumia y piensa, luego obra. Así habrá sucedido también con ustedes, ¿no es verdad? Las revoluciones surgen siempre en el interior. Nunca habrá en provincia los intereses que se han creado en Buenos Aires...»

Habla Lugones de la provincia con calor. Siente la vida campestre y la vive sinceramente. Sol, luz, tranquilidad, meditación, fuerzas para la lucha en la ciudad multánime. Ha nacido en Córdoba, una de las ciudades más cultas y progresistas de la Argentina. Frecuentemente sale al interior y vuelve a Buenos Aires fortalecido por los aires puros, por el sol que calienta la pampa, por el cielo que cobija los anhelos y las esperanzas de estos hombres.

Minneapolis, 5 de abril de 1921.

Señor don J. García Monge.

Muchas gracias por sus envíos: los últimos son los libritos de Masferrer y Magón. De éste—como de La mala sombra de usted y de los cuentos de Dobles Segreda,—he sacado excelentes materiales de lenguaje popular para un artículo de la «Revista de Filología Española». ¿Sabe Ud. que las bibliotecas de las Universidades norteamericanas seguramente querrían poseer estos libros, en su triple aspecto de literatura, folk-lore y lenguaje popular? Sé, por ejemplo, que le interesarían mucho al doctor Karl Pietsch, en Chicago, y a A. M. Espinosa, en la Universidad de Stanford, Palo Alto, California. Suyo,

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

«He viajado poco, soy pobre y no puedo permitirme el lujo de hacer viajes frecuentes a Europa. He estado en ella varias veces estudiando y trabajando. Fundé en París una Revista de asuntos americanos, fui corresponsal de «La Nación», en Francia e Inglaterra. Con este motivo me relacioné con políticos y literatos distinguidos, aprendí mucho de ellos. En estos dos países me siento muy a gusto. Mi cultura es, fundamentalmente francesa primero e inglesa después. Casi nada española. No siento a los españoles. España vive en la adoración de un hombre y un libro: Cervantes y el Quijote. Después de ellos no ha existido nada. Aconsejan pues la imitación de ese libro para los escritores y la del héroe para los hombres. Uno y otro son ya valores inactuales...»

«¿Mi obra? Ahí está, en mis libros. Es todo lo que puedo decirle a usted de ella. Me ocupo de cosas tan diferentes. Claro que la actividad más

bella e interesante de mi vida es la literatura. No por eso, sin embargo, la estimo más que las otras. El público y no yo es el que debe opinar sobre ella».

Y al despedirnos, agradeciendo el rato incomparable de charla que ha tenido para con nosotros.

«Hemos hablado como viejos amigos. Generalmente sucede eso entre americanos. Con un inglés, con un yanqui, no hay la misma comunidad de ideas que entre nosotros. Mire, algo se podría intentar por ejemplo, para establecer un intercambio más sólido más efectivo entre las relaciones de nuestros pueblos. Ahora habrá sabido usted lo de la Liga de las Naciones. Pues bien, todos los delegados sudamericanos han estado conformes en una cosa, a saber: en el establecimiento del arbitraje obligatorio para decidir todas las controversias que se susciten entre los pueblos del continente. ¿Por qué si están de acuerdo en ello no proceden inmediatamente a realizarlo? Los Estados Unidos se verían obligados a entrar en ese acuerdo interamericano. Inmediatamente después por la fuerza de las circunstancias. ¿A quién estará reservado el ver la realización de tan hermoso sueño?»

Nos tiende la mano con noble gesto de camaradería. Creemos tener entre las nuestras la de uno de aquellos artífices del Renacimiento. Por su curiosidad universal, por la noble admiración humana, por su espíritu sensible a todas las palpitaciones del mundo, por su acendrado amor a la Grecia Mater, ¿no será Lugones el último renacentista de América? Le dan derecho a ello, por lo demás, su libro INDUSTRIAS DE ATENAS y la bella traducción del Canto VI de la Odisea.

JULIO JIMÉNEZ RUEDA

(Revista de Revistas. México).

En el tren

En la visión del paisaje
olvido por un momento
que soy como hoja que el viento
arrebata del ramaje.

Pero a un pitazo salvaje
el tren da un sacudimiento,
y produce en mí el fermento
de mi tristeza del viaje.

En la oscura lejanía,
tristemente, Amada mía,
para buscarte tan sólo

se hunde mi pobre mirada
como una aguja imantada
pendiente siempre del Polo.

VÍCTOR M. ELIZONDO

Noviembre 5 de 1920.